

nodados guerreros y buenos patricios, que arrancados con engaño de España habían acreditado su valor y arrojo peleando y triunfando en las regiones septentrionales de Europa. El marqués de la Romana se había ido á Londres; la caballería se internó para ser remontada, porque allá había dejado los caballos por falta de trasportes y de tiempo, y de la infantería se formó una division denominada del Norte, que al mando del conde de San Roman se incorporó al ejército llamado de la izquierda.

En tanto que por allá tales escenas se representaban, acá seguía la revolucion su movimiento y su curso. En las Provincias Vascongadas y Navarra, donde la insurreccion se había demorado, oprimidas como estaban por las fuerzas francesas, no pudo ya contenerse la inquietud de los ánimos, y estalló la explosion, ya con asonadas y revueltas como en Tolosa y otros pueblos de Guipúzcoa, ya levantándose como en Navarra partidas de voluntarios, que capitaneadas por hombres tan intrépidos como don Luis Gil y don Antonio Egoaguire corrian la tierra dando no poco que hacer á las columnas francesas, ya alzándose la capital misma como en Vizcaya. El atrevido alzamiento de Bilbao (6 de agosto), donde se formó, como en todas partes, su junta popular, se ordenó un general alistamiento, y se nombró al coronel don Tomás de Salcedo comandante de las fuerzas bilbaínas, tardó poco en ser ahogado por la division del general francés Merlin que inmediatamente acudió á sofocarle. Gente nueva y bisoña la que le esperó á media legua de la villa, fué fácilmente desbaratada y deshecha; sobre mil doscientos hombres costó aquella desgraciada jornada (16 de agosto), y Merlin entró en Bilbao tratándolo y castigando con dureza la poblacion.

Dió ocasion este contratiempo á murmuraciones y censuras contra los generales, que, como indicamos ya, habían entrado varios de ellos y permanecían con sus tropas en Madrid. En efecto, el primero que lo verificó (13 de agosto) fué don Pedro Gonzalez de Llamas, que desde la separacion de Cervellon mandaba las tropas de Valencia y Murcia, en número de ocho mil hombres. Con júbilo grande fueron recibidas estas tropas en la capital: mas lo que produjo un entusiasmo parecido al delirio fué la entrada del general Castaños (23 de agosto) con la reserva de Andalucía, llevando los despojos y otros trofeos de las glorias de Bailen. Unas y otras pasaron por debajo de un majestuoso arco de triunfo. Siguiéronse á estas entradas los festejos de una segunda y solemne proclamacion de Fernando VII. Mas no era en regocijos públicos sino en medidas de guerra en lo que querían los hombres de razon que se invirtiera el tiempo. Y así para acallar aquellos clamores, como hubiese en Madrid otros generales, resolvieron tener entre sí un consejo (5 de setiembre), al que asistieron Castaños, Llamas, Cuesta y la Peña en persona, y por representacion Palafox y Blake. Allí fué donde Cuesta propuso el nombramiento de un general en jefe de todos los ejércitos y operaciones, cuya propuesta no halló eco en sus compañeros. Lo que se acordó fué que cada general se dirigiese con sus tropas á los puntos siguientes: Castaños á Soria, Llamas á Calahorra, al Burgo de Osma Cuesta, y Palafox á Sangüesa y orillas del rio Aragon: que Galluzo con la gente de Extremadura se uniese á los que se encaminaban al Ebro, y Blake con los gallegos y asturianos avanzase hácia el nacimiento de aquel rio y Provincias Vascongadas. Afortunadamente, aunque por escisiones, falta de recursos y otras causas lamentables, tan inconveniente desparramamiento de fuerza en tan extensa linea se ejecutó muy despacio, y nunca se realizó del todo.

Bien conoció Blake, y los expuso, los inconvenientes y obstáculos que para esta combinacion se encontrarían, pero dispuesto á ejecutar por su parte el acuerdo de la Junta, repuesto un tanto su ejército del descalabro de Rioseco, aunque sin la caballería que había pedido, y le había sido ofrecida, partió de Astorga (28 de agosto) con veintitres mil hombres, de ellos solo cuatrocientos jinetes, distribuidos en cuatro divisiones, y en regulares y bien combinadas jornadas llegó á Reinosa, donde estableció su cuartel general. Este movimiento obligó á Bessieres á abandonar á Burgos y dirigirse á Vitoria. Blake, despues de varias evoluciones para ocultar sus proyectos al enemigo, avanzó á Villarcayo, de donde destacó la cuarta di-

vision para que se apoderara de Bilbao. Hízolo así el marqués de Portago que la mandaba (20 de setiembre), desalojando despues de algun tiroteo á mil doscientos franceses que ocupaban la villa. Pero á los pocos dias marchó sobre ella el mariscal Ney, que acababa de entrar de Francia, con catorce mil hombres; y el de Portago, con arreglo á instrucciones para que no se comprometiera contra fuerzas superiores, la abandonó (26 de setiembre), retirándose á Balmaseda sin pérdida alguna. Empeñóse Blake en recobrar aquella rica villa, y con su ejército reunido marchó sobre ella; al amanecer del 12 de octubre atravesaba la retaguardia la ría de Portugaleta, y avanzaba rápidamente á la altura de Begoña: algunos batallones de la cuarta division arrojaron una columna francesa que ocupaba el Puente Nuevo; Ney abandonó la poblacion, y Blake entró en ella estableciendo allí su cuartel general.

En la marcha de Balmaseda á Bilbao recibió Blake un oficio de la Junta Central de Aranjuez, fecha 1.º de octubre, participándole un decreto, por el cual dividía los ejércitos españoles en cuatro, á saber: 1.º de la izquierda, que con el suyo debía operar en las Provincias Vascongadas y Navarra, cubriendo á Castilla, y se compondría de las tropas de Galicia y Asturias; 2.º de la derecha, ó sea de Cataluña, á las órdenes de don Juan Miguel Vives; 3.º del centro, á las del general Castaños; 4.º de reserva ó de Aragon, al mando de Palafox. Oportunamente se incorporó á Blake una division de ocho mil hombres procedente de Asturias, mandada por el antiguo y entendido militar don Vicente María de Acebedo, dividida en dos cuerpos regidos por don Cayetano Valdés y don Gregorio Quiros, asturianos todos. Y como coincidiese por aquellos dias el desembarco en Santander de las tropas venidas de Dinamarca, el conde de San Roman, á quien se había dado su mando interino, ofreció unirse al ejército de la izquierda en tanto que recibía órdenes del gobierno, destinando desde luego dos batallones ligeros á aumentar la guarnicion de Bilbao, y tres regimientos de línea á Balmaseda. Concertó Blake sus movimientos con arreglo á los del enemigo, y el 24 de octubre se situó con la mayor parte de sus tropas entre Zornoza y Durango. Dejémosle allí, en tanto que damos cuenta de las posiciones de los demás ejércitos, así españoles como franceses.

Había Cuesta cuidado mas de vengar sus resentimientos con los diputados de Leon, Valdés y Quintanilla, que de ejecutar los acuerdos del consejo de generales de 5 de setiembre. De tal modo desagradó su proceder á la Central que le mandó comparecer en Aranjuez, ordenó que se pusiera en libertad á los diputados por él presos, y puso el ejército de Castilla interinamente á las órdenes de su segundo jefe don Francisco Eguía. Constaba aquel de ocho mil hombres, y fué destinado á Logroño, donde tomó definitivamente el mando don Juan Pignatelli. Tales ocurrencias y mudanzas no habían favorecido la disciplina y organizacion de las tropas castellanas.—Gonzalez de Llamas, que había salido tambien de Madrid con las de Valencia y Murcia en número de cuatro mil quinientos hombres, situó en primeros de octubre su cuartel general en Tudela. Siguiéronle de cerca la Peña y Grimarest con las divisiones segunda y cuarta de Andalucía, fuertes de diez mil hombres, que se fijaron en Lodosa y Calahorra.—Al otro lado del Ebro había en Sangüesa ocho mil hombres del ejército de Aragon mandados por don Juan O'Neil, y á su espalda en Egea cinco mil al mando de Saint-March. A Llamas, encargado de otro puesto cerca del gobierno supremo, sucedió don Pedro Roca.—Castaños, que se había detenido en Madrid, por manejos del Consejo, y á juicio de muchos con la esperanza de que la Junta le nombrara generalísimo, salió por último (8 de octubre), dirigiéndose á Tudela, y de allí á Zaragoza, convidado por Palafox para concertar un plan de operaciones.

Redújose el que acordaron, y era como una continuacion de lo resuelto en Madrid, á amenazar el ejército del centro con el de Aragon á Pamplona, poniéndose una division á espaldas de la plaza, en tanto que Blake marcharía por la costa á cortar la comunicacion con Francia al enemigo. Desacertado proyecto á juicio de los inteligentes, atendida la extension de la linea, la fuerza numérica de las tropas españolas, que no llegaba á setenta mil hombres, de ellos treinta mil al mando de Blake y sobre treinta y seis mil al de Castaños, y el número

y colocacion de las divisiones francesas, que aunque reducidas á cincuenta mil combatientes, se hallaban estos reconcentrados y prontos á acudir á cualquier punto de la extensa curva por donde fuesen acometidos. Y era esto tanto mas sensible, cuanto que los españoles habían perdido un tiempo precioso, habiendo podido aprovecharle con éxito casi seguro persiguiendo á José cuando se retiró de Madrid con su gente desalentada y casi sin órden, y no que le dieron lugar, no solo para reponerse, sino para recibir los refuerzos que de Francia le envió el emperador. En efecto, vino, como dijimos, el mariscal Ney á mandar el centro: los otros dos cuerpos los regían Bessieres y Monecy; y el mariscal Jourdan, enviado tambien de Paris, se colocó al lado de José en la reserva. Además estaban todos protegidos por las fuerzas que en Bayona había, mandadas por el general Drouet.

Movimientos poco acertados de algunos de nuestros generales, ó por precipitacion propia ó por impaciencia acaso de los soldados, comprometieron las primeras operaciones de esta segunda campaña. La division castellana que mandaba Pignatelli en Logroño cruzó á la otra parte del Ebro adelantándose á Viana; extendióse Grimarest desde Lodosa á Lerin; y O'Neil con los aragoneses tambien avanzó por la parte de Sangüesa. De órden de Grimarest pasó don Juan de la Cruz Mourgeon á ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz y una companía de voluntarios catalanes, advirtiéndole que se retirara si le atacaban fuerzas superiores, y ofreciéndole acudirle con oportuno socorro. Vióse en efecto Cruz acometido por mas de seis mil hombres del cuerpo de Monecy (26 de octubre); replegado al palacio, defendióse valerosamente con los mil que él tenía hasta entrada la noche, rechazando fuertes embestidas y desoyendo varias intimaciones que se le hicieron, con la esperanza de los socorros que Grimarest le había ofrecido. Pero estos no llegaron, aunque de su apurada situacion dió Cruz oportuno aviso; y atacado al dia siguiente, y agotadas ya sus municiones, capituló honrosamente, y con la satisfaccion de que el enemigo, reconociendo y elogiando su valor, le concediera salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo ser los tiradores de Cádiz canjeados por otros prisioneros. Grimarest, so pretexto de una órden del general la Peña, repasó el Ebro y se retiró á la torre de Sartaguda.

Con el quebranto de Lerin coincidió la pérdida de Logroño. Habíase el mariscal Ney apoderado de las alturas que hacen frente á aquella ciudad de la otra parte del rio. Castaños, que se encontraba allí á la sazón, dió sus instrucciones á Pignatelli, así para la defensa de aquel punto como para la retirada en caso necesario, y con esto se volvió á Calahorra. Pero Pignatelli se dió tanta prisa á evacuar la ciudad á los primeros amagos, y lo hizo con tal precipitacion y desórden (27 de octubre), que como si de cerea fuese acosado cuando nadie le perseguía, no paró hasta Cintruénigo, dejando abandonados en la sierra de Nelda los cañones, que por fortuna recogió el conde de Cartaojal con mil y quinientos hombres que por nadie fueron molestados. Indignado Castaños con esta conducta, quitó el mando á Pignatelli, refundió la gente de Castilla en las otras divisiones, formando una de vanguardia á las órdenes del conde de Cartaojal con destino á maniobrar en las faldas de la sierra de Cameros, y dió el nombre de quinta division á los valencianos y murcianos regidos por don Pedro Roca y repartidos entre Alfaro y Tudela. Por parte de los franceses, el mariscal Ney que ocupó á Logroño, permaneció en esta ciudad con su cuerpo de ejército; la division Morlot fué destinada á Lodosa, y las de Merle y Bonnet volvieron al cuerpo de la derecha: de modo que los enemigos, á consecuencia de esta expedicion, quedaron dueños de los principales pasos del Ebro.

Tal era la situacion de los ejércitos cuando Napoleon determinó venir en persona á España. Lejos estaba el emperador de presumir cuando partió de Bayona á Paris despues de la batalla de Rioseco, que á poco tiempo las derrotas de sus soldados en Cataluña, en Valencia y Bailen le habían de obligar á pensar seriamente en venir él mismo de las apartadas regiones en que se encontraba á apagar el fuego que ardia en la peninsula española que había mirado ya como suya. Despues de conferenciar en Erfurt con el emperador de Rusia y con

los representantes de los soberanos de Alemania, y de lograr que el autócrata reconociera como rey de España á su hermano José; despues de las notas que los dos emperadores Napoleon y Alejandro pasaron á Jorge III de Inglaterra, y de la respuesta definitiva del gabinete inglés anunciando al ministro de Francia que S. M. Británica estaba resuelto á no abandonar la causa de la nacion española y de su legitima monarquía, partió Napoleon de Alejandria para Paris (18 de octubre) con ánimo de trasladarse otra vez á Bayona y tomar el mando de los ejércitos de España. Antes de salir de Paris dijo en el mensaje al Cuerpo legislativo (25 de octubre): «Parto dentro de pocos dias para ponerme yo mismo al frente de mi ejército, coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.» Con estos pensamientos llegó á Bayona el 3 de noviembre.

Sus órdenes y disposiciones para el refuerzo y reorganizacion de los ejércitos de España habían empezado ya á ejecutarse; habían sido traídos de Alemania los cuerpos del ejército grande, y todos los dias franqueaban el Pirineo tropas del Rhin, bátavas, holandesas y westfalianas. La organizacion que les había dado por decreto imperial de setiembre solo se alteró despues con el aumento de dos nuevos cuerpos, y quedó definitivamente hecha del modo siguiente: primer cuerpo, mariscal Victor, duque de Bellune; segundo cuerpo, mariscal Bessieres, duque de Istria; tercero, mariscal Monecy, duque de Conegliano; cuarto, mariscal Lefebvre, duque de Dantzick; quinto, mariscal Mortier, duque de Treviso; sexto, mariscal Ney, duque de Elchingen; sétimo, general Saint-Cyr; octavo, general Junot, duque de Abrantes. Cada uno de estos cuerpos constaba de veintidos á treinta y cuatro mil hombres, distribuidos comunmente en tres divisiones de infantería y una de caballería, y todos juntos formaban una fuerza de doscientos mil infantes y cincuenta mil caballos, con que se proponía Napoleon sujetar y domeñar en poco tiempo la España.

Blake se había mantenido desde el 25 de octubre en Zornoza, haciendo un gran servicio á la nacion con solo tener en respeto al ejército francés, sin dejarle un momento de reposo ni ganar un palmo de terreno, no obstante los refuerzos que de Francia recibía. Sintióse por lo tanto con razon y justicia de que á tal tiempo se le presentara el vocal de la Junta Central don Francisco Palafox á anunciarle que era la voluntad de la Junta que atacara á los enemigos; mision que recordaba la presencia de los representantes de la Asamblea francesa en los ejércitos en el período de la revolucion. Blake por respeto y deferencia al gobierno central celebró un consejo de generales y jefes de los cuerpos facultativos, y consultada su opinion la mayoría fué de parecer de que no convenia tomar la ofensiva hasta que se diera principio al plan general de operaciones acordado. No fué este solo disgusto el que tuvo en aquellos dias aquel entendido y honrado jefe: el 26 recibió una órden de la Junta Central nombrando general en jefe del ejército de la izquierda al marqués de la Romana que á la sazón había desembarcado en la Coruña. Lejos de abatir al modesto general el inmerecido golpe de verse relevado del mando de un ejército que él había creado y organizado, y cuando conservaba toda la confianza de la junta del reino de Galicia que se le encomendó (1); y lejos tambien de agrade-

(1) Tan pronto como la junta de Galicia supo el nombramiento del marqués de la Romana para general del ejército de la izquierda, dirigió á la Central la exposicion siguiente:—«El reino de Galicia ha leido con sorpresa en la Gaceta de Valencia n.º 41, un oficio comunicado á aquella junta gubernativa por sus diputados en esa Central, dándole parte de haber nombrado V. M. general del ejército de la izquierda, mandado interinamente por el Excmo. señor don Joaquin Blake, al Excmo. señor marqués de la Romana.—Este reino hace el justo aprecio del mérito de este general que acaba de darle pruebas en cuanto le fué posible de la alta estimacion que le merece; pero no puede desentenderse al mismo tiempo de que el privar al general Blake del mando de un ejército organizado á costa de sus constantes desvelos, y que le entregó este reino por un voto unánime de las tropas que le forman y aplauso general de sus pueblos, ofende la reputacion que se adquirió y gozó siempre tan justamente entre todos los militares y el honor del reino de Galicia, y puede producir fatales consecuencias.—Este reino cree probar hasta la evidencia estos tres puntos que indica, y se promete que V. M. suspenderá, si

cer verse libre de la dirección de una campaña que se anunciaba terrible y con todos los síntomas de un éxito cuando menos muy dudoso, ya que no de seguro desgraciado, no titubeó en hacer el sacrificio de su reputación militar reteniendo el mando del ejército hasta la presentación de la Romana, persuadido de que en ello hacía un gran servicio á su nación.

Las órdenes que por su parte tenían los generales franceses eran de estar á la defensiva hasta que llegara el emperador, que había de dirigir por sí mismo las operaciones. Pero el mariscal Lefebvre, duque de Dantzick, que había sucedido á Merlin, y se hallaba en Durango, viéndose considerablemente reforzado con las tropas venidas de Francia, y afanoso de ofrecer al emperador una victoria por sí solo ganada, so pretexto de haberle atacado Blake y de hacerle arrepentir de su temeridad, fué él quien en la mañana del 31 de octubre atacó al general español en sus posiciones de Zornoza. Tomaron parte en esta acción varias divisiones de uno y otro lado; era evidente la superioridad numérica de los franceses, nada dejaba que desear la calidad de sus tropas, y no fué poco mérito el de retirarse Blake á Bilbao con poca pérdida, y tan ordenadamente que de esta circunstancia hacen mención honrosa las historias escritas por los que eran entonces enemigos. No le pareció punto á propósito para resistir á un ejército poderoso, y deteniéndose solo el tiempo necesario para tomar vituallas, y deteniéndose solo el tiempo necesario para protegerle por la parte de Orduña. Encontráronse estas tropas con las de Acebedo y Martinengo, que habían quedado separadas del ejército de Blake, y al ver que se preparaban á recibir las con rostro firme, se replegaron sobre Orduña sin atacarlas.

Inquieto Blake por la suerte de aquellas dos divisiones, desde Nava donde había situado el 3 de noviembre su cuartel general mandó salir la noche del 4 gruesas fuerzas para ver de libertar aquellas tropas aisladas y comprometidas. Pudo hacer esto con algún desahogo, porque acababan de incorporarse las recién llegadas de Dinamarca regidas por el conde de San Roman, y la división asturiana mandada por Quirós, constituyendo entre todas un refuerzo de ocho á nueve mil hombres. Merced á este movimiento se logró la reunión de los de Acebedo y Martinengo, separados desde la acción de Zornoza, con gran contentamiento y júbilo de todos. Entre tanto la cuarta división que se había dirigido á Balmaseda encontró

es cierta, esta exoneración del general Blake en su mando, mientras no oiga las sólidas razones y poderosos motivos que le obligan á reclamarla.

»Este reino prescindirá en ellos de que para una resolución tan intimamente unida con su decoro no se hayan esperado sus diputados; de que habiendo sido nombrado general en jefe cuando por las circunstancias ejercía las funciones de soberanía este reino, se le llamó interino, sin haber precedido orden que revocase su nombramiento; y que ni aun se tuviese la consideración de insinuárselo, como parecía justo tratando de un general que había escogido para contribuir á salvar la patria. La salud de esta ha sido y será siempre su deseo. Presta gustoso su obediencia á S. M. y hará siempre compatible esta con su derecho de reclamar lo que juzgue conveniente para llenar el sagrado deber que han contraído y jurado á sus respectivas ciudades los individuos que le componen.—Reino de Galicia, 23 de octubre de 1808.»

(1) En 4 de noviembre escribía desde Bayona el mariscal Berthier al rey José: «He enseñado al emperador la carta de V. M. de 2 de noviembre. El emperador me ordena escribir al mariscal duque de Dantzick para manifestarle su enojo por haber empeñado una acción tan seria sin orden suya, y de una manera tan inhábil.... V. M. pensará como nosotros, que el enemigo debía de dar un voto de gracias á la inconsideración del duque de Dantzick.»—Memorias del rey José: Correspondencia, tomo V.

ya aquella villa ocupada por la del general francés Villatte, atacóla con impetu favorecida de la segunda división y de algunos cuerpos asturianos que se hallaban cerca, la arrojó de la población, haciéndola abandonar un cañon, dos carros de equipajes y cuarenta prisioneros, y la persiguió hasta hacerla retroceder á Bilbao, quedando otra vez los nuestros dueños de la posición de Balmaseda y puntos inmediatos.

Aprovechando Blake el triunfo de Balmaseda, después de enviar el cuerpo de vanguardia hacia Sodupe, partió él mismo con la primera y segunda división camino de Güeñes. Encontróse allí con las divisiones francesas de Leval y Sebastiani, y empeñóse una acción bien sostenida por ambas partes hasta la entrada de la noche, y en que se distinguió por su bizarría el batallón literario de Santiago. Carecían los nuestros de víveres, y determinó el general retirarse á Balmaseda. Las subsistencias escaseaban mas cada día, la miseria se hacía sentir en un país de por sí poco fértil y esquilado por dos grandes ejércitos; el tiempo estaba lluvioso y frío, y nuestros soldados sin capotes, y muchos sin vestido ni calzado; por otra parte Napoleón desde Bayona había destinado á la persecución de Blake los dos cuerpos cuarto y primero mandados por Lefebvre y por Victor, el uno por la parte de Bilbao, el otro por Orduña y Amurrio, que componían una fuerza de cincuenta mil hombres: el de Blake, con las bajas producidas por tantos encuentros y acciones, no pasaba de treinta mil (2); por todo lo cual resolvió retirarse á país que ofreciera mas recursos, y donde pudiera rehacerse y dar descanso á sus fatigadas y casi extenuadas tropas. Pero una parte de las que quedaban en Balmaseda para proteger la retirada no pudo reunirse ya al ejército y se dirigió á la costa de Santander. La cuarta división situada en Sopuerta fué acometida por numerosas columnas, y para no dejarse envolver tuvo que retirarse á la Nestosa, no pudiendo tampoco reunirse al ejército sin aventurar una acción desigual. De esta manera, y con la falta de estos cuerpos, pero muy ordenadamente y con muchas precauciones llegó Blake con el grueso de sus tropas á Espinosa de los Monteros.

Sucedía esto cuando Napoleón, llevando adelante su propósito de venir á España á mandar los ejércitos en persona, prueba grande de la apurada situación en que había llegado á verse su hermano, había franqueado el Bidasoa la tarde del 4 de noviembre, yendo á dormir á Tolosa. A la mañana siguiente se encaminó á Vitoria á caballo con una escolta de la guardia imperial. Alojose en un campo fuera de la ciudad, y no en compañía de su hermano, como quien se proponía no eclipsarle con su presencia y dejarle todo el aparato de la majestad, limitándose él al papel de general en jefe. Al otro día llamó su estado mayor, resuelto á emprender desde luego las operaciones decisivas que había proyectado, y que iban á hacer cambiar la situación de España.

(2) Tenían las divisiones en principios de octubre la fuerza siguiente:

Vanguardia	2,848 hombres
Primera división	3,886 »
Segunda	4,547 »
Tercera	4,577 »
Cuarta	4,123 »
Reserva	2,747 »
División de Asturias	7,300 »
División del Norte	5,500 »
Total	35,528 »

Se calculaban en mas de cinco mil las bajas hasta fin de octubre, entre muertos de enfermedad y en acción, heridos y extraviados desde el combate de Zornoza.

CAPITULO IV

Derrota de ejércitos españoles.—Napoleon en Chamartin.—Traslacion de la Central á Sevilla

(De noviembre á fin de diciembre)

1809

Batalla de Espinosa de los Monteros, desgraciada para los españoles.—Penosa retirada de Blake á Leon.—Toma el mando del ejército de la izquierda el marqués de la Romana.—Noble conducta de Blake.—Justicia que le hace la Junta de Galicia.—Disposiciones y movimientos de Napoleón.—Derrota cerca de Burgos el ejército de Extremadura.—Exagerada importancia que dió Napoleón á aquel triunfo.—Incendio y pillaje de la ciudad.—Decretos imperiales: impuestos y proscriptores.—Situación y operaciones del ejército del centro.—Es derrotado en la acción de Tudela.—Sucede la Peña á Castaños en el mando de aquel ejército.—Llega tarde á Somosierra y se dirige á Guadalajara.—Prosigue Napoleón su marcha á Madrid.—Destruye al general Sanjuan en el puerto de Somosierra.—Brillante y memorable carga de los lanceros polacos.—Sanjuan se refugia en Segovia.—Asustada la Junta Central, abandona á Aranjuez y se dirige á Badajoz.—Preparativos de defensa en Madrid.—Entusiasmo popular: armamentos.—Es horriblemente asesinado el marqués de Perales.—Napoleon en Chamartin.—Hace intimar primera y segunda vez la rendición de la plaza.—Respuesta.—Atacan los franceses y toman el Buen Retiro.—Mensaje al campo imperial.—Áspera arenga de Napoleón.—Capitulación y entrega de Madrid.—El rey José en el Pardo.—Notables decretos de Napoleón en Chamartin.—Disgustos de José con su hermano.—Hace dimisión de la corona de España.—El emperador se la cede de nuevo y exige que le presten juramento en todos los templos de Madrid.—Distribución que hace de sus ejércitos.—Desmoralización de nuestras tropas.—Horrible asesinato del general Sanjuan en Talavera.—Discordias y rebeliones en el ejército del centro.—Su penosa retirada á Cuenca.—Toma su mando el duque del Infantado.—Excesos lamentables de los pueblos.—Dominan los franceses la Mancha.—Vencen á los nuestros en el Tajo y penetran en Extremadura.—La Junta Central acuerda trasladarse á Sevilla.—Don Gregorio de la Cuesta capitán general de Extremadura.—Entra la Central en Sevilla.—Muerte del conde de Florida Blanca.—Reemplázale el marqués de Astorga.

Reforzado el ejército francés de España con numerosos cuerpos de tropas veteranas y aguerridas, traídas del Norte y del centro de Europa, fuerte de doscientos cincuenta mil hombres, dirigido por Napoleón en persona, con su inteligente y enérgica voluntad y con todo el prestigio que acompañaba á su nombre y á su poder inmenso, y teniendo que combatir con tropas en su mayor parte todavía nuevas, y de prisa y con escasos medios recién organizadas, era natural y no podía menos de suceder que cambiara la marcha de la guerra en favor de los franceses. En el estado en que la encontró Napoleón, dos partidos podía tomar: era uno dejar á Lefebvre en observación de Blake con orden de no perseguirle vivamente si se pronunciaba en retirada, marchar él rápidamente sobre Burgos, y destacar uno de sus cuerpos sobre Reinosa para cortar la retirada al general español: el otro era que los mariscales Lefebvre y Victor reunidos le persiguieran y atacaran hasta destruirle. El emperador prefirió este último, y de aquí el combate de Güeñes, al cual sin embargo no concurrió, con extrañeza suya, el mariscal Victor.

Habiase situado, como digimos, don Joaquin Blake en Espinosa de los Monteros, villa de cierto renombre en España por el antiguo privilegio de que gozan sus naturales de ser los escogidos para hacer, con el título de Monteros de Espinosa, la guardia al rey de noche cerca de su cuarto. Ocupaban los españoles, en número de veintimil, las ásperas alturas y hondos valles que rodean la población, cuando fueron atacados por los veinticinco mil franceses del primer cuerpo que mandaba el mariscal Victor (10 de noviembre), sufriendo la primera embestida nuestra división del Norte que guiaba el conde de San Roman, situada en un altozano. Por espacio de dos horas sostuvieron los nuestros bizarramente el combate, hasta que cargados por mayor número abandonaron el bosque. Nuestra artillería, manejada por el capitán Roselló, hacía un fuego certero y vivo. Esforzóse Blake por sostener la división San Roman con la tercera que guiaba Riquelme, pero la circunstancia fatal de haber sido heridos mortalmente ambos generales hizo suspender la pelea al llegar la noche. Los veci-

nos de Espinosa habían huido espantados, y no había ni en la villa ni en sus contornos, ni mantenimientos para los combatientes, ni menos recursos para los heridos. Todos pasaron la noche á la intemperie sin moverse, pues creyó Blake que era preferible sostener otro ataque al siguiente día á ejecutar un movimiento de retirada que alentara al enemigo y produjera en los suyos desánimo y desorden; mucho mas cuando había dado orden al brigadier Malaspina, que se hallaba en Medina de Pomar, para que acudiese á reforzarle con los cuatro batallones y los cuatrocientos caballos que tenía. Pero al quererlo ejecutar aquel jefe, encontráronse con cuerpos enemigos, teniendo que limitarse á salvar sus tropas á costa de dificultades y rodeos.

Sufrió pues Blake en la misma situación el ataque del día 11, y sufrió en las primeras las tropas asturianas, que ya habían tenido bastantes bajas en el de la víspera. Hizo la fatalidad... no la fatalidad, sino la destreza de los tiradores franceses, colocados de intento y exclusivamente para apuntar á los jefes nuestros, que sus certeros tiros hirieron al general Acebedo y al jefe de Escuadra don Cayetano Valdés, y dejaron sin vida al mariscal de campo don Gregorio Quirós, que montado en un caballo blanco recorría las filas. Viéndose los asturianos privados de todos sus jefes, abandonaron aturdidos las posiciones que ocupaban, huyendo por las asperezas del valle de Pas; no pudo Blake impedir que cundiera el desaliento á los demás cuerpos, y que unos comenzaran á cejar y otros á desordenarse, y dispuso la retirada protegida por la reserva de Mahy. En el paso del rio Trueba perdió las seis piezas de artillería que llevaba. La falta de subsistencias en un país estéril y quebrado hizo que nuestros soldados se dispersaran y extraviaran. Apenas pudo Blake reunir diez ó doce mil hombres en Reinosa, donde estaban el parque de artillería y los almacenes, y donde se había propuesto dar alimento y descanso á sus extenuadas tropas, y rehacerse y reorganizarlas. Mas ni para esto tuvo lugar; las desgracias se le agolparon, y las activas operaciones del enemigo no se lo permitieron. Sabedor de que el mariscal Soult, duque de Dalmacia, enviado por Napoleón desde Burgos se dirigía á marchas forzadas sobre Reinosa para cortarle la retirada á Leon, se adelantó hacia esta ciudad por las montañas haciendo marchas penosas (1). La artillería llegó por Saldaña, excepto la de una división, que hallando ya interceptado el camino se dirigió por Santander á San Vicente de la Barquera.

Al llegar al valle de Cabuémiga presentósele el marqués de la Romana, nombrado, como dijimos, por la Central general en jefe del ejército de la izquierda. Nada hubiera sido mas cómodo para Blake que cambiar en aquellos momentos las privaciones y las fatigas de una retirada penosa por los goces y comodidades de la capitania general de Galicia que conservaba, dejar á otro el cuidado y la responsabilidad de un ejército en situación deplorable, para trasladarse á la Coruña, donde le esperaban cargos honrosos, amigos sinceros, y una esposa y cinco hijos queridos. Pero aquel pundonoroso militar prefirió á todo esto seguir compartiendo con sus tropas las molestias de una laboriosa marcha, y asistir á la Romana con sus consejos y acompañarle hasta Leon, donde todavía, hecho recuento de la fuerza (24 de noviembre), resultó haberse reunido allí quince mil novecientos treinta soldados y quinientos ocho oficiales; resultado admirable ciertamente, después de haber disputado palmo á palmo la Vizcaya á un enemigo poderoso, después de tantos combates, unos felices y otros desgraciados, y después de tantos temporales, de tanto desabrigo, de tantas escaseces, y de tan larga retirada por país tan estéril y tan quebrado; resultado que á juicio de los inteligentes, y mas de los extranjeros que de los nacionales, confirmó la reputación militar de Blake en medio de sus desgracias.

(1) En uno de los pasos alcanzaron todavía las tropas de Lefebvre á los enfermos y heridos: condujéronse cruel é inhumanamente con estos últimos: entre ellos fué sacrificado el general Acebedo, á quien desapiedadamente traspasaron á estocadas, sin que alcanzaran á conmoverlos las sentidas súplicas de su ayudante don Rafael del Riego, el mismo que después fué tan conocido y tan infortunado, y fué hecho entonces prisionero.